

## art buchwald

### LAS ROCAS LUNARES

Después de ser estudiadas por los hombres de ciencia, el Presidente Nixon regaló parte de las rocas lunares traídas por el "Apolo XI". Es un gesto generoso que ha tenido repercusiones.

Podemos imaginar la escena en el Salón Ovalado de la Casa Blanca. Entra Henry Kissinger y dice:

—Señor Presidente, el primer ministro de Israel, Golda Meir, llama por teléfono y dice que desea otros cincuenta aviones de combate "F-4".

—Dígale que ahora mismo no se los puedo dar, porque no quiero disgustar a los árabes, pero que le daré en cambio cincuenta rocas lunares.

—Ella esperaba esa respuesta. Ahora bien, ¿qué estrategia seguimos con los rusos en la conferencia de desarme?

—Creo que conviene que nuestros negociadores lleven con ellos una caja de rocas lunares. Si los rusos ceden en un punto, les damos una roca. De esa manera tendrán un incentivo para negociar con nosotros.

—Brillante idea. Tal vez consigamos que desistan de establecer un sistema de proyectiles antiproyectiles. Deseo preguntarle algo, señor Presidente: ¿Quiere usted darle una roca al jefe del Estado peruano?

—¿No es él del país que está siempre deteniendo a nuestros barcos de pesca y confiscando nuestras refineras de petróleo?

—Sí, señor.

—Nada de rocas lunares para ellos. Tienen que darse cuenta que los Estados Unidos son una potencia de primer orden.

—Totalmente de acuerdo. Hemos oído un rumor, procedente de México, según el cual Fidel Castro estaría dispuesto a entregar a los secuestradores de aviones a cambio de mil rocas lunares...

—¡Mil rocas lunares!... Está loco. En primer lugar, no tenemos mil rocas. Segundo: si las tuviéramos, él sería la última persona en el mundo a quien se las daríamos...

—El primer ministro Wilson llamó hace unas horas y preguntó si le podíamos prestar otras diez rocas.

—¡Pero ya le dejamos diez la semana pasada!

—Dijo que las había perdido y que si el Parlamento se entera caerá su gobierno.

—No habrá otro remedio que dárselas. Pero adviértele que no podemos seguir dando piedras a su gobierno... ¿Tiene alguna noticia del secretario del Tesoro, David Kennedy?

—Sí, señor. Cree que su idea de abandonar el oro como una forma de cambio internacional y sustituirlo con rocas es maravillosa. Pero no ha logrado persuadir a Alemania Occidental, Francia ni a ningún otro país para que acepten este plan. Dice que seguirá tratando de convencerlos.

—Muy bien por David. ¿Qué pasa hoy en Vietnam?

—El Presidente Thieu llamó de Saigón y quiere saber lo que hay de cierto en los informes de la prensa que hablaban de que usted había prometido rocas a Vietnam del Norte si aceptaba una tregua.

—Dígale que no hay nada de eso. Puede estar seguro que él es el único vietnamita a quien daré rocas lunares.

—Así lo he hecho. A propósito, el columnista Drew Pearson dice que parte de las rocas lunares que usted ha dado a jefes de Estado han aparecido en Suiza en esas cuentas bancarias que se identifican por medio de un número.

—Eso es inevitable, Henry. ¿Sabe algo de Bill Rogers, del Japón?

—Sí, señor. Dice que los japoneses están muy agradecidos por las rocas, pero que quieren que salgamos de Okinawa.

(Copyright 1969, The Washington Post Co.-Editors Press Service, Inc.-Agencia Zardoya.)

### Grecia

## LA OPOSICION SE UNE EN TORNO A KARAMANLIS



Una bomba en el automóvil del hermano —y jefe de su gabinete político— del ministro de Coordinación, otra en el ayuntamiento de Kalithea, un sabotaje de postes de conducción de electricidad cerca de Atenas y de unos depósitos de agua en el lago Maratón son los más recientes actos de las fuerzas de la oposición en Grecia. En el frente político, los dirigentes de los distintos grupos contrarios al régimen, hasta ahora opuestos entre sí, comienzan a intentar una reconciliación en torno al que fue primer ministro Karamanlis, derechista

pero exiliado en París desde 1963. Desde París, el dirigente exiliado ha emitido un manifiesto advirtiendo al régimen que si no modifica su política dictatorial tendrá que enfrentarse con la violencia popular. La mayor parte de los dirigentes de los partidos políticos (disueltos por el régimen) ha aprobado este llamamiento, que finalmente ha recibido la aprobación de la EDA (Izquierda Unida Democrática, considerada como comunista), cuyos tres principales dirigentes han hecho salir de la prisión de Averof, en Atenas, donde están encarcelados, un texto en el que califican de positivo el llamamiento de Karamanlis. «En toda la nación crece el deseo de resistencia —dice el texto de la EDA—. Este deseo debe ser convertido en acción mediante luchas comunes para liberar el país de la perpetuación de la dictadura». La única disidencia procede de Antonios Brillakis, miembro también de la EDA, exiliado en Italia. Su declaración dice que «el pueblo griego se opone categóricamente a las prescripciones antidemocráticas evolucionistas de Karamanlis», mientras que sus compañeros encarcelados creen que puede formarse un gobierno interino «mediante el acuerdo común de las fuerzas políticas del país».

## EDUARDO TARRAGONA Y LA "LEUCEMIA POLITICA"

Plaza de la Independencia, Arco de Carlos III, edificio de la Cámara de Comercio de Madrid, ocho de la tarde de un viernes de octubre. En el Madrid de la desbulevarización y el monóxido de carbono, que a aquella hora pugna por abrirse paso en la calle, el salón de conferencias de la prestigiosa entidad, con sus butacas tapizadas de terciopelo rojo, nos devuelve algo del empaque de la vieja política. En un extremo de la sala hay una gran mesa cubierta con un paño del mismo y solvente color y, en la pared del fondo, un retrato del Jefe del Estado. Preside la mesa el Director del Centro para el Estudio de los Problemas Contemporáneos, el señor Gavilanes, a quien el solo nombre de su honorífico cargo da un cierto aspecto de surmenage prematuro. El conferenciante es don Eduardo Tarragona, el dimisionario Procurador en Cortes del tercio familiar, por la provincia de Barcelona. La noticia de su dimisión ha saltado a la calle dos horas antes, en las primeras páginas de los diarios de la tarde, y Madrid, que a aquella hora toma normalmente —como un solo hombre— el café con leche o el «sandwich» de jamón y queso en las superpobladas cafeterías, se sacude por un momento la modorra política. Vamos a asistir, aunque no falta quien cite precedentes, a la primera dimisión pública de la política española de nuestro tiempo.

De pie, detrás de la mesa, deteniéndose sólo para beber un sorbo de



agua del vaso que un ujier de librea va llenando solícito, don Eduardo lee el relato de su «kaifiana» experiencia política. Experto conocedor del teje-maneje de los consejos de administración y del giro bancario, este ex combatiente leridano de cincuenta y dos años no pretende impresionar al auditorio con su elocuencia. «No esperéis de mí el verbo fácil», «soy un comerciante y estoy acostumbrado a trabajar con realidades; como decimos los catalanes, tocant de peus a terra». El público que llena la sala conoce a Tarragona. Durante los dos años que